

4º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO A

Zep 2,3 & 3,12-13; 1 Cor 1,26-31; Mt 5,1-12

Las Bienaventuranzas reconstruyen nuestro corazón y nos hacen signos de la paz, la misericordia y la justicia de Dios.

INTRODUCCIÓN

Un viajero se detuvo una vez en un sitio de construcción y le preguntó a un albañil anciano:

—¿Qué estás construyendo?

Sin levantar la vista, el albañil respondió:

—Estoy dando forma a un lugar donde personas que nunca conoceré algún día puedan encontrar refugio.

El viajero comprendió que aquel hombre no solo estaba colocando piedras:

estaba construyendo algo que le sobreviviría.

Nuestra vida es muy parecida.

Día tras día, elección tras elección, formamos la casa interior donde habitará nuestro corazón.

Algunos días construimos bien; otros días apresuramos o

cortamos caminos.

Sin embargo, Dios, en Su paciencia, sigue ofreciéndonos un plano: una manera de construir con sentido y alegría.

El Evangelio de hoy nos da ese plano: las Bienaventuranzas,

la sorprendente visión de Jesús sobre una vida plena.

No son solo promesas; son invitaciones:

a vivir con suavidad, a buscar lo justo aunque cueste,
a llevar misericordia a lugares heridos,
y a confiar en Dios con un corazón humilde.

Al comenzar nuestra celebración,
pidamos al Señor que toque lo que necesita ser
reconstruido en nosotros,
para que la casa que formemos con nuestros días
sea fuerte, hermosa y llena de Su bendición.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, nos muestras el camino de la humildad y la confianza. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, sanas nuestras heridas con misericordia y paciencia. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, siembras en nosotros el deseo de justicia y paz. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que conoce los rincones secretos de nuestro corazón derrame sobre nosotros Su misericordia, levante el peso que agobia nuestra alma y restaure en nosotros la alegría de ser Sus hijos amados, para que podamos presentarnos ante Él con corazones renovados, listos para escuchar Su Palabra y caminar en Su paz. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Con corazones agradecidos alabemos a Dios, que bendice a los pobres de espíritu, consuela a los afligidos y levanta a los mansos. Demos gloria a Aquel cuyo amor transforma nuestro mundo.

ORACIÓN COLECTA

Dios de los humildes y de los de corazón puro, Tu Hijo nos ha abierto el camino hacia una vida profunda, gozosa y plena. Siembra en nosotros el deseo de buscar tu justicia, el valor de vivir con misericordia y la serenidad de un corazón anclado en Ti.

Moldea nuestros pensamientos y nuestras decisiones con la sabiduría de las Bienaventuranzas, para que podamos reconocer Tu bendición en cada momento de nuestra vida.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA – Estándares para una Vida Plena: La Felicitación de Dios

Hubo una vez un carpintero anciano que había trabajado fielmente durante décadas. Un día, su empleador le pidió construir una última casa. El carpintero aceptó, pero su corazón ya no estaba en ello. Eligió materiales más baratos, apresuró la obra y cortó esquinas por todos lados.

Cuando la casa estuvo terminada, el empleador le entregó las llaves y dijo:

—Has construido esta casa para ti. Es mi regalo de agradecimiento.

El carpintero quedó sin palabras: su propio trabajo pobre se convirtió en su hogar.

La vida es la casa que construimos.

Jesús nos da las Bienaventuranzas para que nuestra vida—nuestra casa interior—sea sólida, hermosa y plena.

Las Bienaventuranzas son los estándares de Jesús para una vida plena... y la felicitación de Dios a quienes las viven.

Recorramos algunas hoy, cada una con una pequeña historia.

1. “Bienaventurados los mansos”—La Fuerza de la No Violencia

Hace años, un profesor universitario entró a su aula y encontró a dos estudiantes discutiendo acaloradamente.

Uno estaba agresivo, listo para pelear; el otro permaneció

tranquilo y dijo:

—Me niego a insultarte; eres mi amigo aunque ahora no lo sientas así.

Su calma desarmó el conflicto. El estudiante enojado rompió a llorar:

—Solo necesitaba que alguien no peleara conmigo hoy.

La mansedumbre no es debilidad.

Es fuerza bajo control, el valor de resistir la violencia, incluso la de las palabras.

Lo vemos a gran escala en la resistencia no violenta de Gandhi, en Martin Luther King Jr., y en los movimientos pacíficos de oración de 1989.

Los mansos heredan la tierra porque la transforman.

Bienaventurados los mansos—bienaventurados los no violentos—bienaventurados los que desarman.

2. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”—Anhelo del Camino de Dios

Un empresario pagó una vez la compra de una madre que no podía pagar sus alimentos.

Cuando ella preguntó:

—¿Por qué me ayudas?

Él respondió:

—Quiero vivir en un mundo donde la gente haga lo correcto—y comenzaré por mí mismo.

Ese pequeño acto revela lo que Jesús quiere decir: anhelar profundamente lo justo, no solo para uno mismo, sino para el mundo.

La justicia bíblica no es solo justicia legal; es relación correcta con Dios, y por ello, con los demás.

Jesús promete:

—Si anhelas la justicia de Dios, serás saciado.

No tal vez. No algún día. Sí, lo serás.

3. “Bienaventurados los misericordiosos”—El Poder de un Corazón Suave

Una joven enfermera contó cómo cuidó a un anciano que se quejaba duramente. Otras enfermeras lo evitaban, pero ella dijo:

—Creo que está solo.

Un día él susurró:

—Gracias por no rendirte conmigo.

Su corazón se suavizó. El de ella también. La misericordia transformó a ambos.

Misericordia significa:

- No tratar a las personas solo como merecen.
- Dar lo que Dios nos da: paciencia, calor, comprensión.

Cuando Jesús dice: “Obtendrán misericordia”, está diciendo:

—Da el corazón de Dios a los demás, y Dios te dará Su corazón.

La misericordia es la moneda suave del reino de Dios.

4. “Bienaventurados los de corazón puro”—Ver a Dios con Nuevos Ojos

Una niña le preguntó a su abuela:

—¿Cómo ves a Dios?

La abuela respondió:

—Cuando tu corazón está en silencio, comienzas a notarlo en todas partes.

La niña se detuvo y susurró:

—Creo que lo vi en el amanecer de hoy.

Pureza de corazón no significa ser perfecto.

Significa tener un corazón íntegro, donde Jesús habita.

Un corazón puro ve el mundo de manera distinta:

- Donde otros ven coincidencia, ve providencia.
- Donde otros ven naturaleza, ve un Creador.
- Donde otros ven tragedia, ve la cercanía oculta de Dios.

“Solo se ve bien con el corazón”, escribió Saint-Exupéry.

Los de corazón puro comienzan a ver a Dios ya en este mundo.

5. “Bienaventurados los pobres de espíritu”—De Pie Ante Dios con Manos Vacías

Una mujer rica conoció a Madre Teresa y le dijo:

—Quiero ayudar a los pobres. ¿Qué puedo darte?

Madre Teresa respondió:

—Tus manos.

La mujer se mostró confundida.

—Sí, sonríe—dijo Madre Teresa—úsalas para servir. Ese es un regalo que el dinero no puede comprar.

Pobreza de espíritu significa:

—Dependo completamente de Dios. Todo es don.

Es confianza infantil:

—Padre, te necesito en todo.

Quienes se presentan ante Dios con manos vacías—manos agradecidas—son los que Él puede llenar.

Jesús dice:

—De ellos es el Reino de los cielos.

No será—es.

Ya viven en el mundo de Dios.

6. “Bienaventurados los que lloran”—Corazones que No Pueden Ignorar el Sufrimiento

Una joven maestra notó que un estudiante siempre llegaba a la escuela hambriento y cansado. En lugar de ignorar el problema, comenzó a llegar temprano para darle desayuno y un lugar seguro antes de clase.

Sus colegas dijeron:

—Te estás cargando demasiado.

Ella respondió:

—No puedo mirar hacia otro lado.

Esto es lo que Jesús llama llanto:

no tristeza,

sino compasión que no ignora el sufrimiento.

Estas personas serán consoladas,

no con palabras vacías,

sino con la acción de Dios, Su fuerza, Su intervención.

María – El Ejemplo Perfecto

Si comparas las Bienaventuranzas con el Magníficat de

María, verás que se reflejan mutuamente.

María es:

- pobre de espíritu—"Ha mirado la humildad de su sierva,"
- de corazón puro—"Hágase en mí según tu Palabra,"
- misericordiosa—lleva a Jesús, rostro de misericordia, al mundo,
- hambrienta de justicia—"Enaltece a los humildes,"

• mansa—nunca fuerza, solo ofrece,

• entre los que lloran—sufre con Cristo por el mundo.

No es de extrañar que diga:

—“Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.”

La felicitación de Dios descansa plenamente sobre ella.

El Sueño de Jesús de un Mundo Nuevo

Las Bienaventuranzas son el sueño de Jesús—el sueño de Dios—para un mundo nuevo. Al principio parecen irreales.

Pero describen a la persona completa—la que vive plenamente en Dios.

Vivir así puede traer incomprendición, crítica, incluso sufrimiento.

Pero también trae libertad, gozo y fortaleza interior, del tipo que el mundo no puede dar.

Cuando vivimos las Bienaventuranzas, incluso imperfectamente,

un mundo nuevo comienza a crecer dentro de nosotros, y luego a nuestro alrededor.

El Hombre que Planta un Olivo

Hay una vieja historia del Medio Oriente de un hombre que planta un olivo.

Un transeúnte se rió:

—¿Por qué plantar un olivo? ¡Nunca vivirás lo suficiente para comer sus frutos!

El hombre sonrió y respondió:

—Otros plantaron árboles antes que yo, para que yo pudiera comer.

Ahora me toca plantar para los que vendrán después.

Ese es el espíritu de las Bienaventuranzas.

Las vivimos no solo para nosotros, sino para ayudar a construir el mundo que Jesús sueña: un mundo donde la misericordia, la pureza de corazón, la humildad, la justicia y la paz arraiguen.

Bienaventurado eres—la felicitación de Dios para ti—cuando eliges este camino de vida.

Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Las Bienaventuranzas nos llaman a vivir de manera diferente.

Ahora profesemos la fe que guía nuestros pasos, da forma a nuestra Esperanza y nos hace una familia en Cristo. Juntos proclamamos:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, al colocar el pan y el vino sobre el altar, pongamos también nuestro deseo de vivir las Bienaventuranzas con sinceridad y valor. Oremos para que Dios acepte estos dones y transforme nuestros corazones.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios de toda bendición, recibe los dones que traemos y las intenciones que llevamos en el corazón.

Que estos elementos sencillos se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y haznos un pueblo que tenga

hambre de justicia, que ofrezca misericordia sin dudar,
y lleve paz donde la vida está herida.

Que este sacrificio nos acerque al corazón de Tu Hijo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo darte gracias y alabarte,
Dios de promesa y de bendición.

En todo tiempo llamas a Tu pueblo
a caminar por el camino de la confianza
y a construir su vida sobre Tu Palabra.

Enviaste a Tu Hijo Jesús
para revelar la belleza de un corazón formado por Ti:
un corazón pobre de espíritu,
fuerte en la mansedumbre, radiante de misericordia,
y firme en la justicia.

Por Él nos abres el camino de las Bienaventuranzas—
el camino que conduce a la libertad, al sentido y a la
alegría.

Y así, con todos los que han abrazado Tu promesa,
con María que escuchó Tu Palabra,
y con los santos que vivieron Tu bendición,
nos unimos al himno eterno de Tu gloria:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con la confianza de los niños que saben que son amados,
recemos al Padre que bendice a los humildes
y acompaña a los de corazón roto.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo engaño
que roba nuestra paz y nubla nuestro corazón.

Haznos fieles en los momentos de prueba,
suaves en los momentos de conflicto
y firmes cuando la justicia parezca costosa.

Concede que Tu Reino—
el reino prometido a los pobres de espíritu—
crezca entre nosotros, mientras esperamos con gozo la
venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
llamaste bienaventurados a los pacificadores
y les prometiste la alegría de ser Tus hijos.

No mires nuestros fracasos,
sino el anhelo de paz que has sembrado en nosotros.
Sana lo que nos divide, calma lo que nos inquieta
y guía nuestros pasos hacia los caminos que llevan a la
reconciliación.

Concede a Tu Iglesia y a nuestro mundo
la paz que nace de la humildad y la misericordia.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Bienaventurados somos
los que estamos invitados al banquete del Cordero—
Aquel que alimenta a los hambrientos,
consola a los afligidos
y fortalece a los humildes de corazón.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
viene a nosotros oculto en este pan sencillo,
y aun así trayendo la plenitud del cielo.

Aquieta nuestros corazones
para que las semillas de las Bienaventuranzas que plantas
hoy
echen raíces en nuestras palabras, en nuestras
decisiones,
y en los rincones silenciosos de nuestra vida diaria. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de toda bendición,
nos has alimentado con el Pan de Vida
y fortalecido el corazón con Tu presencia.

Al salir de esta mesa, ayúdanos a llevar al mundo el
espíritu de las Bienaventuranzas:
actuar con justicia, hablar con suavidad, perdonar con
prontitud, y caminar humildemente contigo.

Que el don que hemos recibido
dé fruto en vidas que reflejen Tu amor.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios que bendice a los pobres de espíritu
llene vuestros corazones de confianza y paz. Amén.

Que el Dios que consuela a los que lloran
os fortalezca con una esperanza que nunca se apaga.
Amén.

Que el Dios que llama bienaventurados a los
misericordiosos, a los mansos,
y a los de corazón puro
moldee vuestra vida con Su gracia. Amén.

Y que la bendición del Dios Todopoderoso,
Padre, Hijo ✕ y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Salid y edificad la casa de vuestra vida
sobre la bendición de Cristo. Id en paz.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Cada día construyes la casa interior de tu vida.
Que cada elección sea una piedra más, modelada por las
Bienaventuranzas.”

2 de febrero, lunes – La Presentación del Señor (Año

II) - *Mal 3,1-4 (o Heb 2,14-18); Lc 2,22-40*

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, a una mujer anciana le preguntaron qué la mantenía en pie después de la muerte de su esposo y la partida de sus hijos. Ella sonrió y dijo: “Cada mañana enciendo una vela y digo: ‘Señor, hoy de nuevo’. Mientras haya luz, hay razón para la esperanza.”

Hoy, cuarenta días después de la Navidad, celebramos la Fiesta de la Presentación del Señor, también conocida como la Candelaria. Desde el solsticio de invierno, los días han ido creciendo lentamente—la luz va ganando terreno sobre la oscuridad.

En el Templo de Jerusalén, dos ancianos, Simeón y Ana, reconocen en un niño pequeño la Luz que esperaron toda su vida. Su alegría nos enseña que la esperanza no envejece, y que las promesas de Dios nunca caducan.

Recibamos a Cristo, la Luz del mundo, en nuestras vidas y en nuestra oscuridad.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, la Luz ha venido al mundo, pero a menudo preferimos la comodidad de las sombras. Pidamos al Señor misericordia.

Señor Jesús, Luz de las naciones,
tú iluminas nuestra oscuridad. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Salvación del mundo,
tú vienes a encontrarte con los que esperan con
esperanza. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Gloria del pueblo de Dios,
tú llamas a jóvenes y mayores a caminar en tu luz.
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que envió a su Hijo como Luz de Luz, tenga misericordia de nosotros, nos perdone nuestros pecados

y nos conduzca de la oscuridad a la vida eterna. Amén.

INTRODUCCIÓN AL GLORIA

Hoy es una fiesta de alegría y de luz.
Con Simeón y Ana, con ángeles y santos,
con la Iglesia en la tierra y en el cielo,
levantemos nuestra voz y cantemos:
Gloria a Dios en el cielo...

ORACIÓN COLECTA

(Como en el Misal)

HOMILÍA

"El día en que la esperanza entró en el Templo"

Hace algunos años conocí a un hombre anciano en un hogar de retiro que tenía un solo pedido. Dijo: "Padre, cuando ya no pueda hablar, asegúrese de que haya una vela encendida junto a mi cama."

Cuando le pregunté por qué, respondió suavemente: "Porque la luz dice lo que quizás ya no pueda decir: que todavía estoy esperando a Dios." —Ese hombre entendió a Simeón.

El Evangelio de hoy no trata realmente de un ritual. Trata de esperar—y de reconocer.

El Templo aquel día estaba lleno, ruidoso y ordinario. Muchos padres vinieron con sus hijos. Se dijeron muchas oraciones. Nada parecía extraordinario.

Y, sin embargo, la esperanza entró en silencio—llevada en los brazos de María.

1. Dos personas que nunca dejaron de esperar
Simeón y Ana no son figuras sentimentales. Son ancianos.
Muy ancianos.

Ana tiene ochenta y cuatro años. Simeón ha esperado tanto que cree que no morirá hasta que su esperanza se cumpla.

Y esto es importante:

No reconocen a Jesús porque sean inteligentes,
ni educados,
ni poderosos.

Lo reconocen porque han pasado toda la vida orando.

Las personas que oran aprenden a ver de manera diferente.

No se dejan cegar por las apariencias.

No se desaniman por los retrasos.

No se escandalizan por los comienzos pequeños.

Donde otros ven un niño pobre, Simeón ve la salvación.

Donde otros ven otra familia, Ana ve la liberación.

La esperanza ha entrenado sus ojos.

2. Un encuentro de generaciones

Este Evangelio es una de las escenas intergeneracionales más bellas de la Biblia.

Una pareja joven.

Un niño recién nacido.

Dos creyentes ancianos.

Los jóvenes traen nueva vida.

Los mayores traen sabiduría y reconocimiento.

La Iglesia necesita ambos.

Muchos padres hoy traen a sus hijos al bautismo con el mismo gesto que hacen María y José aquí:

“Señor, este niño no es solo nuestro. Este niño te pertenece a ti.”

Y, a menudo, cerca, en silencio, están los abuelos—personas que han orado durante décadas, que llevan la memoria de la fe cuando el entusiasmo se cansa.

Simeón y Ana representan a todos los abuelos, ancianos, religiosos, almas consagradas—personas que sostienen la fe firme mientras otros aún aprenden a caminar.

Sin ellos, el niño podría pasar desapercibido.

3. La luz se reconoce en la oscuridad

Esta fiesta se llama Candelaria por una razón.

Llega cuando el invierno aún no ha terminado.

Los días son más largos, pero el frío permanece.

Así funciona a menudo la fe.

Dios no espera a que la vida sea perfecta.

Él entra mientras el mundo aún está quebrado.

Mientras continúan las guerras.

Mientras los jóvenes están ansiosos por el futuro.

Mientras los mayores se preguntan qué queda.

Simeón no dice: "Ahora el mundo está arreglado."

Dice: "Ahora he visto la salvación."

La luz no borra la oscuridad de inmediato.

La luz da sentido en la oscuridad.

Por eso Simeón puede decir: "Ahora, Señor, deja que tu siervo se vaya en paz."

No porque todo esté resuelto, sino porque la esperanza tiene rostro.

4. El costo de la luz

Y luego Simeón dice algo inesperado.

Este niño será signo de contradicción.

La luz revela.

Y no todos quieren ser vistos.

Algunos tropezarán con Cristo.

Otros se alejarán.

Algunos preferirán luces más pequeñas y seguras.

Pero la luz de Cristo no se reduce por el rechazo.

Brilla incluso desde la cruz.

Brilla desde el sepulcro vacío.

Y hoy, brilla silenciosamente de nuevo—sobre este altar.

5. Lo que esta fiesta nos pide

Esta fiesta nos pide tres cosas:

- Seguir orando, incluso cuando las respuestas se retrasen.
- Seguir esperando, incluso cuando el mundo se cansa.
- Seguir llevando la luz, incluso cuando parezca pequeña.

Cada vela que bendecimos hoy dice:

La oscuridad es real, pero no es definitiva.

Historia final

Existe una antigua costumbre en algunas familias: cuando alguien está por morir, se coloca una vela en sus manos.

No para iluminar la habitación, sino para decir:

Vas hacia la Luz.

Simeón sostuvo un niño aquel día.

Pero en verdad, el Niño lo sostenía a él.

Que Cristo nos sostenga también—

en nuestra espera,

en nuestro envejecimiento,

en nuestra incertidumbre.

Y que salgamos de esta iglesia como personas que reconocen la esperanza cuando aparece, y que llevan la Luz hasta que también podamos decir: “Mis ojos han visto tu salvación.”

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

Presentemos ahora nuestros dones, como María y José presentaron una vez a su hijo, pidiendo al Señor que acepte nuestras vidas como una ofrenda de luz y amor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

(Como en el Misal)

PREFACIO

Es justo y necesario, nuestro deber y nuestra salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque hoy tu Hijo, eterno contigo en la gloria, fue presentado en el Templo

y revelado por el Espíritu como la gloria de Israel y la Luz de las naciones.

En él, el cielo se encuentra con la tierra, la esperanza se encuentra con el cumplimiento, y la humanidad es acogida en tu plan salvador.

Por eso, con ángeles y santos, proclamamos tu gloria, y sin cesar te aclamamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos como una sola familia, jóvenes y mayores, los que esperan y los que confían, recemos con confianza al Padre de la Luz.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal, y guíanos con suavidad fuera de todo lo que oscurece nuestros corazones.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
podamos estar libres del pecado
y temerarios en la esperanza,
mientras caminamos a la luz de tu Hijo
y esperamos el cumplimiento de tus promesas,
la bendita esperanza y la venida de nuestro Salvador,
Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú eres la Luz que brilla en la oscuridad
y la paz que todo corazón anhela.

No mires nuestros pecados, ni los miedos que nos dividen,
sino la fe de tu Iglesia,
que te espera con la confianza de Simeón
y la perseverancia de Ana.

Llénanos con la paz que viene de tu presencia,
una paz que el mundo no puede dar,
para que, caminando en tu luz,

podamos ser instrumentos de reconciliación
en un mundo herido. Tú que vives y reinas por los siglos
de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
he aquí quien quita los pecados del mundo.
Dichosos los llamados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luz de Luz,
has entrado en nuestras manos y en nuestros corazones.
Quédate con nosotros, Señor,
para que lo que hemos recibido con fe
brille en nuestra vida con amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

(Como en el Misal)

BENDICIÓN

Que Dios, que hoy reveló a su Hijo
como la Luz de las naciones,
llene vuestros corazones con su paz.

Que Cristo, a quien Simeón reconoció con alegría,
guíe vuestros pasos con esperanza y fe.

Que el Espíritu Santo
os haga portadores de luz
para un mundo que anhela esperanza.

Y que Dios todopoderoso os bendiga,
el Padre, y el Hijo, ☧ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor con vuestra vida,
y lleven su luz al mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No subestimen una luz pequeña.
Una vela en el Templo cambió la vida de dos ancianos.
Cristo en tu corazón aún puede cambiar el mundo.

Martes, 3 de febrero – 4.ª Semana del Tiempo

Ordinario (Año II)

2 Samuel 18,9–10.14.24–25.30–19,3; Marcos 5,21–43

INTRODUCCIÓN

Una enfermera contó una vez que, durante un turno agitado en el hospital, corría por un pasillo cuando un paciente anciano le sostuvo suavemente la manga y susurró: “Por favor, no pases corriendo—me siento invisible.”

Ella se detuvo. Escuchó. Tomó la mano del paciente. Más tarde dijo: “Esa interrupción cambió todo mi día.”

Las lecturas de hoy hablan de esas interrupciones: momentos en que el dolor irrumppe en la vida. El rey David llora amargamente por su hijo perdido. Jairo suplica desesperadamente por su hija moribunda. Una mujer, que sufre en silencio desde hace doce años, se atreve a acercarse en secreto, esperando no ser vista.

Como ellos, venimos hoy con preocupaciones ocultas, duelos familiares, enfermedades prolongadas y temores

callados.

En esta Eucaristía, Cristo no pasa apresurado junto a nosotros. Permite ser interrumpido. Permite ser tocado. Y de Él fluye sanación, dignidad y nueva vida.

Pongámonos ante el Señor con confianza y humildad.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas,
el Señor se acerca a los corazones quebrantados y
levanta a quienes se sienten abrumados.

Reconozcamos nuestra necesidad de su misericordia.

Señor Jesús, tú eres el amor de Dios hecho carne.

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, permítese ser tocado por el sufrimiento humano. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, levantas a los caídos y nos llamas hijos e hijas tuyos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
nos perdone nuestros pecados
y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de compasión,
en Jesús de Nazaret te acercaste al sufrimiento humano y
revelaste tu amor que da vida.
Abre nuestros corazones a su presencia entre nosotros
hoy.
Que su palabra nos fortalezca, su toque nos sane
y su Espíritu nos renueve,
para que podamos ser signos de esperanza para los
demás.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén

HOMILÍA

“No temas—solo cree”

Un padre esperó una vez fuera de un quirófano mientras su hijo era operado. Pasaron las horas. Cada sonido aceleraba su corazón. Más tarde dijo: “La espera fue peor que el miedo. Me sentía completamente impotente. Todo lo que podía hacer era esperar que alguien dentro hiciera lo que yo no podía.”

Ese sentimiento de impotencia atraviesa las lecturas de hoy.

En la primera lectura, el rey David llora inconsolablemente por su hijo Absalón. Es un rey poderoso, pero completamente impotente frente a la muerte. En el Evangelio, encontramos a Jairo, un respetado oficial de la sinagoga, que cae a los pies de Jesús. Títulos, influencia y reputación no significan nada cuando un hijo está muriendo. La desesperación nos iguala. El sufrimiento nos hace iguales.

Y luego, en medio de la urgente súplica de Jairo, llega una interrupción.

Una mujer, sin nombre y sin ser notada, se abre paso entre la multitud. Durante doce largos años ha sufrido, no solo físicamente, sino social y religiosamente. La han llamado impura, mantenido a distancia, hecho sentir invisible. No se atreve a hablar ni a pedir ayuda. Solo espera el contacto más mínimo: tocar el manto de Jesús. “Si tan solo toco su vestido, seré sanada.”

Jesús se detiene.

Podría haber seguido. La situación de Jairo es crítica. El tiempo es precioso. Sin embargo, Jesús permite ser interrumpido. No trata a esta mujer como un obstáculo en su camino hacia algo más importante. Para Jesús, la compasión nunca es un retraso; es la misión.

Se vuelve, la mira y le habla. Y en ese momento ella recibe más que sanación física. Recibe dignidad. Jesús la llama “Hija”. Con una sola palabra, se restaura su relación, su pertenencia y su comunidad. Lo que ella intentó en

secreto, Jesús lo saca a la luz—no para avergonzarla, sino para afirmar su fe.

Mientras esto sucede, llega la peor noticia a Jairo: “Tu hija ha muerto. ¿Por qué molestar más al maestro?”

Pero Jesús dice palabras que no solo son para Jairo, sino para todos nosotros:

“No temas; solo cree.”

El miedo dice: Es demasiado tarde.

La fe dice: Confía de todos modos.

Jesús llega a la casa, toma a la niña de la mano y habla tiernamente: “Talita kum—Niña, levántate.” El toque que sanó a la mujer ahora devuelve la vida misma. El límite final—la muerte—no es demasiado para Él.

Al final de esa larga cirugía, el médico salió y dijo al padre que esperaba: “Ya puedes ver a tu hijo.” Más tarde él dijo: “En ese momento, todo cambió. La esperanza volvió.”

Eso es lo que Cristo nos ofrece hoy.

Nos ve en la multitud.

Se detiene por nuestras heridas ocultas.

No se incomoda con nuestras interrupciones.

Toca lo que creíamos perdido
y susurra de nuevo:
“No temas. Solo cree.”

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiando en el Señor que acoge cada clamor del corazón,
pongamos nuestras vidas, nuestras heridas y nuestras esperanzas sobre el altar.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe estos dones
como signos de nuestra confianza en tu amor sanador.
Al ofrecer pan y vino,
recibe también nuestros miedos y nuestras interrupciones
y transfórmalos mediante el sacrificio de tu Hijo,
que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación,
siempre y en todo lugar darte gracias,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo nuestro Señor.

Porque Él entró plenamente en nuestra condición humana,
se conmovió ante el sufrimiento
y permitió ser tocado tanto por el dolor como por la fe.

Por su palabra y por su toque
llevó sanación a los enfermos,
esperanza a los excluidos
y vida donde la muerte parecía definitiva.

En Él, el miedo cede al confianza,
y la desesperanza se abre a la esperanza.

Y así, con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria,
cantando:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Como hijos e hijas amados,
restaurados en dignidad y esperanza,
recemos con confianza a nuestro Padre:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo miedo que nos paraliza,
de todo dolor que nos abruma
y de toda oscuridad que oculta la esperanza a nuestros ojos. Concédenos paz en nuestros días,
para que, sostenidos por tu misericordia,
vivamos confiados
y esperemos la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú hablaste paz a los corazones asustados
y vida a los que parecían perdidos.
No mires nuestros miedos, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad,
paz y unidad.

Porque tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que permite ser tocado para que podamos ser sanados.

Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

En esta Eucaristía, Cristo se ha detenido por nosotros.

Nos ha encontrado personalmente.

Que el toque que hemos recibido nos dé valor para levantarnos, confiar de nuevo y convertirnos en suaves interrupciones de esperanza en la vida de los demás.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN (*Adaptada a las lecturas del día para meditación personal*)

Señor Dios, a través de este sacramento has tocado nuestras vidas con tu amor salvador. Fortalece nuestra fe, restaura nuestra esperanza y envíanos como testigos del poder de tu compasión.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios de la vida los bendiga y convierta su miedo en confianza. Amén.

Que Cristo, que permitió ser tocado, sane lo que esté herido en ustedes. Amén.

Que el Espíritu Santo les dé valor para creer aunque el camino no esté claro. Amén.

Y que Dios todopoderoso los bendiga, el Padre, y el Hijo, ♫ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
y que su fe toque la vida de los demás.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que hoy parece una interrupción puede ser justamente el lugar donde Cristo quiere encontrarnos—y traer vida.

4 de febrero de 2026 – Miércoles de la 4.^a Semana del Tiempo Ordinario – 2 Sam 24,2.9-17; Mc 6,1b-6

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, un pequeño pueblo hablaba con orgullo de un joven que había crecido entre ellos. Era inteligente, bondadoso y servicial. Pero cuando regresó como un médico exitoso ofreciendo tratamiento gratuito, algunos susurraban: “¿Quién se cree que es?” Otros decían: “Lo conocemos demasiado bien.” Al final, muchos rechazaron su ayuda, no porque le faltara habilidad, sino porque no podían aceptar la grandeza de alguien tan familiar.

Algo muy parecido sucede en el Evangelio de hoy. Jesús regresa a su ciudad natal. La gente se asombra... y al mismo tiempo se ofende. La familiaridad se convierte en un muro en lugar de una puerta.

Hoy nos presentamos ante el Señor, que sabe lo que es ser rechazado, que comprende nuestras decepciones y que, aun así, continúa su misión de amor. También pedimos la intercesión de San Blas, obispo y mártir,

confiando en la gracia sanadora de Dios para nuestro cuerpo y alma.

ACTO PENITENCIAL

Reconozcamos ahora nuestros pecados y pidamos al Señor misericordia.

- Señor Jesús, viniste entre los tuyos, pero no te reconocieron. Señor, ten piedad.
- Cristo Jesús, trajiste sanación y esperanza, pero te recibieron con dudas. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, permaneciste fiel a tu misión incluso cuando fuiste rechazado. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso,
que conoce nuestra debilidad y comprende nuestras luchas, tenga misericordia de nosotros.
Que nos perdone nuestros pecados,
sane nuestra ceguera de corazón y fortalezca nuestra fe,
para que caminemos en su luz
y lleguemos a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Opción I (Día de semana):

Dios nuestro, Padre, nos creaste, pero a menudo no logramos reconocerte. Nos amas, pero dudamos de tu cercanía.

Reveláte nuevamente a nosotros.

Abre nuestros ojos para ver tu presencia, nuestros corazones para confiar en tus caminos, y nuestras vidas para reflejar tu amor.

Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo.

Opción II (San Blas – opcional):

Dios eterno,
tu Hijo compartió nuestra vida humana
y conoció tanto la alegría como el rechazo.

Por la intercesión de San Blas,
fortalécenos en la fe,
sana lo que está herido dentro de nosotros
y ayúdanos a permanecer unidos a Cristo
en los días buenos y en los días difíciles.
Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

HOMILÍA

Una joven dijo una vez: “Ojalá Dios me hablara claramente.” Cuando se le preguntó dónde buscaba a Dios, respondió: “En los grandes momentos: milagros, retiros, señales extraordinarias.” Sin embargo, pasó por alto el silencioso aliento de un amigo, la paciencia de su madre, la fuerza diaria que la sostenía en los días difíciles.

Algo parecido ocurre en Nazaret. Jesús enseña con sabiduría. Sana. Habla con autoridad. Y, sin embargo, la gente tropieza, no por lo que dice, sino por quién es. “¿No es éste el carpintero?” La familiaridad los ciega. Lo extraordinario se esconde detrás de lo ordinario.

El Evangelio nos dice algo impactante: “No pudo hacer allí ningún milagro.” No porque a Jesús le faltara poder, sino porque sus corazones estaban cerrados. La fe abre espacio a Dios; la resistencia cierra la puerta.

La primera lectura muestra otra forma de ceguera. El rey David se da cuenta demasiado tarde de las consecuencias de sus acciones. El reconocimiento llega a través del

dolor, pero lo conduce de nuevo a la humildad y a la confianza en la misericordia de Dios.

¿Cuántas veces nos perdemos de Dios porque viene demasiado calladamente, demasiado familiarmente, en personas que conocemos bien, en rutinas ordinarias, en simples invitaciones a amar?

San Ignacio habla del Examen, la oración de atención amorosa. Cuando miramos nuestro día con honestidad y suavidad, podemos descubrir momentos de decepción, pero también trazos silenciosos de la presencia de Dios. Dios nos pide que no bebamos de las aguas oscuras del desaliento, sino del agua clara de la alegría interior, que nos da valor para el siguiente paso.

Un hombre se quejaba de que Dios nunca respondía a sus oraciones. Luego se dio cuenta de que Dios había estado hablando todo el tiempo, a través de pequeñas oportunidades, suaves empujones y personas ordinarias. “Dios estaba allí,” dijo, “pero yo estaba mirando en otro lado.”

Que no perdamos al Señor porque viene demasiado cerca, demasiado familiar, demasiado humilde. Que veamos lo divino en lo ordinario y demos espacio a Dios para obrar milagros entre nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

Confiando en que Dios obra a través de signos sencillos y dones humildes, pongamos nuestras vidas sobre el altar.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

Señor Dios,
acepta estas ofrendas que ponemos ante ti.
Que expresen nuestra confianza en tu presencia
incluso en los momentos ordinarios de la vida.

Fortalece nuestra fe
para que tu gracia dé fruto en nosotros.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu Hijo, Jesucristo,

revelaste tu gloria
no con poder y esplendor,
sino con humildad y cercanía.
Rechazado por los suyos,
permaneció fiel a tu voluntad
y continuó proclamando tu Reino de amor.
En su debilidad humana
descubrimos tu fuerza divina;
en los eventos ordinarios de la vida
encontramos tu presencia salvadora.
Y así, con los ángeles y santos,
proclamamos tu gloria, cantando:
Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús sabía lo que significaba ser rechazado,
y, aun así, confió completamente en el amor del Padre.
Con esa misma confianza, recemos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te lo pedimos, de todo mal,
especialmente de la ceguera que nos impide
reconocer tu presencia entre nosotros.
Concede, con gracia, la paz en nuestros días,
para que, apoyados en tu misericordia,
caminemos con valor y fe
esperando la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
viniste entre los tuyos,
y aun así no retiraste tu amor.
No mires nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos la paz:
la paz que abre los corazones,
sana las heridas
y da lugar a tu presencia.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios, que viene a nosotros en signos humildes y familiares.

Bienaventurados los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús,
has venido a nosotros calladamente,
bajo simples signos de pan y vino.

Abre nuestros ojos para reconocerte
no solo aquí en el altar,
sino en los momentos ordinarios de nuestra vida.

Que esta comunión fortalezca nuestra fe
y renueve nuestra confianza en tu presencia.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, nos has alimentado con el Pan de Vida.

Ayúdanos a reconocer tu gracia
obrar dentro de nosotros y a nuestro alrededor.

Que lo que hemos recibido en fe
dé fruto en amor y servicio.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios los bendiga con ojos que vean su presencia
y corazones que confíen en sus caminos.

Que Cristo los fortalezca
cuando la fe se vea probada por la familiaridad o la duda.
Que el Espíritu Santo los guíe
para reconocer lo extraordinario en lo ordinario.
Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, ✕ y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

No pierdas a Dios porque viene calladamente.
La fe abre la puerta a los milagros.

Jueves de la 4.^a Semana del Tiempo Ordinario

Memoria de Santa Águeda

1 Reyes 2,1–4.10–12; Evangelio: Marcos 6,7–13

INTRODUCCIÓN

Un joven misionero llegó una vez a un pueblo lejano llevando nada más que una pequeña mochila y una Biblia. Un aldeano lo miró y le preguntó: “¿Dónde está el resto de tu equipaje?” El misionero sonrió y respondió: “Si trajera todo, nunca aprendería a confiar en ustedes... ni en Dios.” Ese misionero se quedó allí durante años, no solo por sus palabras, sino porque la gente veía en él una vida que coincidía con su mensaje.

En el Evangelio de hoy, Jesús envía a sus discípulos casi sin nada: sin dinero, sin ropa de repuesto, sin provisiones. Les enseña que la credibilidad del Evangelio no depende de lo que llevamos, sino de cómo vivimos. Su misma dependencia de Dios y de los demás se convierte en su mensaje.

Hoy también recordamos a Santa Águeda, una joven que vivió su fe con valentía e integridad. Se negó a comprometer su conciencia, incluso al costo de su vida. Como los discípulos, no llevaba armas, poder ni protección—solo fe.

Al reunirnos para esta Eucaristía, pidamos al Señor que haga de nuestra vida un testimonio creíble de su Evangelio, para que nuestra fe hable incluso antes de nuestras palabras.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, el Señor nos llama a ser testigos no solo con los labios, sino con nuestra vida. Conscientes de nuestras faltas y confiando en la misericordia de Dios, reconocemos ahora nuestros pecados.

Señor, nos llamas a confiar más en Ti que en nosotros mismos. Señor, ten piedad.

Cristo, nos envías a proclamar tu Evangelio con humildad y valor. Cristo, ten piedad.

Señor, permaneces fiel aunque nuestro testimonio sea débil. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de misericordia,
que nos envía una y otra vez a pesar de nuestras
debilidades, nos perdone nuestros pecados,
renueve nuestra confianza en Él,
y nos fortalezca para vivir el Evangelio con integridad,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de misión y misericordia,
tu Hijo envió a sus discípulos con confianza y sencillez,
para que el mundo encontrara tu amor salvador.
Libéranos del miedo y de la autosuficiencia,
y haz que nuestra vida sea un testimonio creíble del
Evangelio.
Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un padre estaba una vez en la puerta de su casa viendo salir a su hija para su primer día de trabajo. Ella estaba nerviosa y preguntó: “¿Y si fracaso?” Él respondió con suavidad: “Entonces aprenderás. Solo ve, y sé quien eres.”

Eso es exactamente lo que Jesús hace en el Evangelio de hoy. No envía a sus discípulos completamente preparados según los estándares humanos. Los envía antes de que se sientan listos, antes de que se sientan fuertes, antes de que se sientan seguros. Los envía no con planes, sino con confianza.

Jesús sabe algo importante: el Evangelio no se difunde mediante el control, sino mediante la entrega.

Se les dice a los discípulos que lleven casi nada. ¿Por qué? Porque en el momento en que dependen del dinero, de las posesiones o del estatus, el mensaje deja de ser sobre Dios y pasa a ser sobre ellos. Jesús quiere que

estén detrás del mensaje, no delante de él. Su pobreza se convierte en credibilidad.

También se les envía de dos en dos. La fe nunca es un proyecto solitario. La alegría compartida se hace más fuerte; el rechazo compartido se hace soportable. Incluso hoy, cuando la fe se trata a menudo como un asunto privado, Jesús nos recuerda que la creencia crece en comunidad.

Y Jesús los prepara para el rechazo: “Si no los reciben, sacudan el polvo de sus pies.” Esto no es amargura, es libertad. El Evangelio no puede ser forzado. Nuestra tarea es la fidelidad, no el éxito.

Santa Águeda comprendió esto profundamente. No discutió, no manipuló, no comprometió su fe. Simplemente permaneció fiel. Su testimonio era creíble porque su vida coincidía con su fe.

Años después, se le preguntó al mismo misionero por qué nunca dejó aquel pueblo lejano. Él respondió: “Porque

llegué con las manos vacías... y Dios las llenó de personas.”

La pregunta para nosotros hoy es simple y desafiante: ¿Estoy listo para ir, confiando más en Dios que en mi propia seguridad, y viviendo una fe en la que otros puedan creer?

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Confiando no en nuestra fuerza, sino en la generosidad de Dios, presentemos nuestra vida sobre el altar mientras ofrecemos estos dones.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
acepta estas ofrendas
como señal de nuestro deseo
de vivir con sencillez, confiar profundamente
y servir con fidelidad.

Que este sacrificio nos fortalezca
para ser testigos creíbles de tu Evangelio,
por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario, nuestro deber y salvación, siempre y en todo lugar darte gracias, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque envías a tu Hijo a proclamar el Reino no con poder ni riquezas, sino con humildad y confianza. Llamas a los discípulos a compartir su misión, enviándolos en debilidad para que se revele tu fuerza.

En el valor de Santa Águeda y en el testimonio de todos tus santos, nos muestras que la fe vivida con integridad se convierte en luz para el mundo.

Y así, con los ángeles y santos, proclamamos tu gloria y cantamos: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús envió a sus discípulos confiando en el cuidado del Padre.

Con la misma confianza, recemos como Él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te rogamos, de todo mal, especialmente del miedo, la desánimo y la autosuficiencia. Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, podamos servir siempre a tu Evangelio y nunca desfallecer en hacer el bien.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
enviaste a tus discípulos a un mundo dividido
con nada más que paz en sus corazones.
No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia,
y concédenos la paz
que nos permita caminar juntos
y ser testigos juntos.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que nos envía al mundo nutridos de su propia vida.
Bienaventurados los llamados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Vinimos con las manos vacías.

Recibimos el Pan de Vida.

Ahora somos enviados—

no para impresionar,

sino para testimoniar;

no para controlar,

sino para confiar;

no solos, sino juntos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios, hemos sido nutridos por este sacramento.

Fortalécenos para vivir lo que hemos recibido,

para que nuestra vida proclame tu Evangelio

con valor, humildad y amor.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios fortalezca tu fe

cuando seas bien recibido o rechazado. Amén.

Que Cristo camine a tu lado

mientras sales en su nombre. Amén.

Que el Espíritu Santo

haga de tu vida un testimonio creíble del Evangelio. Amén.

Y que Dios todopoderoso te bendiga,

el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,

glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

El Evangelio no necesita mensajeros perfectos—

necesita mensajeros creíbles.

**Viernes, 6 de febrero de 2026 – 4.^a Semana del Tiempo
Ordinario - Viernes del Sagrado Corazón (San Pablo
Miki y Compañeros)**

Eclesiástico 47, 2–11; Marcos 6, 14–29

INTRODUCCIÓN

Hace muchos años, a un joven seminarista le preguntaron por qué todavía quería hacerse sacerdote después de leer las historias de los mártires. Él respondió simplemente: “Porque el amor es más fuerte que el miedo.”

Esa respuesta resume la celebración de hoy.

En este Viernes del Sagrado Corazón, nos situamos entre dos banquetes. Uno es la fiesta de cumpleaños de Herodes, llena de música, orgullo y compromisos mortales. El otro es el banquete del Corazón de Jesús, traspasado, silencioso, fiel y lleno de vida.

Recordamos hoy a San Pablo Miki y sus compañeros, crucificados en una colina de Nagasaki en 1597. Como Juan Bautista, hablaron la verdad sin odio y permanecieron fieles sin recurrir a la violencia. Sus vidas

nos recuerdan que el Corazón de Cristo late con más fuerza no en los palacios del poder, sino en los corazones que se atreven a amar hasta el final.

Venimos ante el Corazón abierto de Jesús, conscientes de nuestros miedos, compromisos y medias verdades.

Pidamos misericordia, valentía y libertad de corazón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres fiel incluso cuando tenemos miedo de defender la verdad. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú diste tu vida antes que comprometer el amor. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tu Corazón traspasado sigue abierto a pecadores y santos por igual. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la compasión, cuyo Corazón está lleno de misericordia,

nos perdone nuestros miedos y compromisos, sane lo que está herido en nosotros, nos fortalezca para caminar en la verdad y el amor, y nos conduzca a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Señor nuestro Dios,
forma nuestros corazones según el Corazón de tu Hijo.
Libéranos del miedo y del interés propio,
danos valentía para defender la verdad y el amor,
y ayúdanos a permanecer fieles incluso cuando eso nos
cueste algo.
Por el testimonio de tus mártires
y la gracia que brota del Sagrado Corazón de Jesús,
guíanos hacia la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre dijo una vez: “Sabía lo que era correcto, pero no quería parecer tonto ante los demás.”
Esa sola frase explica a Herodes.

Herodes sabía que Juan era un hombre bueno y santo. Lo escuchaba. Estaba perturbado, pero atraído por la verdad. Y aun así—eligió el honor sobre la conciencia, la

apariencia sobre la vida, el poder sobre la verdad. La prisión retuvo a Juan, pero el miedo encarceló a Herodes.

Reflexión

Las Escrituras de hoy nos presentan dos figuras: David, alabado a pesar de sus grandes pecados, y Juan Bautista, asesinado por su fidelidad. Uno falló profundamente y se arrepintió. El otro permaneció fiel hasta el final. Ambos encontraron un lugar en el Corazón de Dios.

Nuestras vidas se encuentran en algún punto intermedio. No somos mártires heroicos ni tiranos endurecidos. Conocemos el bien, pero dudamos. Escuchamos la palabra de Dios, pero tememos las consecuencias. Como Herodes, nos encontramos en la encrucijada entre nuestro mejor yo y la presión social.

En este Viernes del Sagrado Corazón, no miramos al banquete de muerte de Herodes, sino al banquete de vida de Cristo. Su Corazón fue traspasado, no porque temiera a la gente, sino porque los amó hasta el final. Juan

Bautista perdió su cabeza por la verdad; Jesús perdió su vida por amor. San Pablo Miki murió con el nombre de Jesús en los labios.

Cerrando con una historia

En su ejecución, Pablo Miki predicó desde la cruz:
“Perdono a quienes me condenan. Les pido que busquen al verdadero Dios.”

Ese es el poder del Sagrado Corazón: no el miedo, no la venganza, no el compromiso, sino el amor que permanece fiel incluso en la cruz.

Que aprendamos a elegir ese Corazón.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Pongamos ahora sobre el altar no solo el pan y el vino, sino también nuestros miedos, compromisos y nuestro deseo de ser fieles, y pidamos al Señor que los transforme.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios,
recibe estos dones y la ofrenda de nuestra vida.

Que el sacrificio de tu Hijo,
nacido de un Corazón obediente hasta la muerte,
nos fortalezca para vivir en la verdad, la valentía y el amor.
Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es verdaderamente justo y necesario,
nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.
En el Corazón de tu Hijo, traspasado en la cruz,
mostraste la profundidad de tu misericordia
y el precio del amor fiel.
De ese Corazón fluyen el perdón, la valentía y la vida
nueva. En tus mártires, especialmente Pablo Miki y sus
compañeros,
mostraste que el amor es más fuerte que el miedo,
la verdad más fuerte que el poder, y la fe más fuerte que la
muerte. Por eso, con ángeles y santos,
proclamamos tu gloria
y cantamos sin fin: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Con confianza en el Padre cuyo amor nunca falla,
y unidos al Corazón de Cristo,
recemos como él nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todo mal,
especialmente del miedo que silencia la verdad
y del orgullo que compromete el amor.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, fortalecidos por tu misericordia,
permanezcamos fieles y libres,
mientras esperamos la bienaventurada esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú elegiste el camino de la cruz
antes que la seguridad del compromiso.

No mires nuestros miedos, sino la fe de tus mártires
y el amor de tu Sagrado Corazón.

Concédenos tu paz—

una paz basada en la verdad, la valentía y la misericordia.
Tú vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
cuyo Corazón fue traspasado por nuestra salvación.
Bienaventurados los invitados al banquete de la vida.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Corazón traspasado ahora nos es dado.
Que el amor que recibimos
se convierta en la valentía con la que vivimos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios,
nos has alimentado con el Pan de Vida.
Que la gracia que recibimos
moldee nuestros corazones según el Corazón de Cristo,
para que vivamos fielmente, amemos con valentía,
y demos testimonio de tu verdad
en el mundo.

Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que el Dios de la misericordia
fortalezca vuestros corazones en la verdad y el amor.

Amén.

Que el Corazón de Cristo
os dé valor en los momentos de miedo. Amén.

Que el testimonio de los mártires
os conduzca con seguridad a la vida eterna. Amén.
Y que Dios todopoderoso os bendiga,
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Herodes temía perder el honor.
Juan perdió su vida.
Jesús dio su Corazón.
¿Cuál camino elegiré esta semana?

7 de febrero, sábado de la 4. semana del Tiempo

Ordinario / 1 Reyes 3,4–13; Mc 6,30–34

INTRODUCCIÓN

“Vengan a un lugar apartado y descansen un poco.” Con estas palabras tiernas, Jesús invita a sus discípulos — y también nos invita a nosotros. Muchas veces nuestros días están llenos de actividad, exigencias y expectativas. Pasamos de una tarea a otra, sin darnos cuenta de lo que verdaderamente importa, sintiéndonos a veces como un *perpetuum mobile*, siempre en movimiento y rara vez en reposo.

En las lecturas de hoy encontramos dos imágenes poderosas. En el Evangelio, Jesús reconoce que sus discípulos necesitan silencio, distancia y tiempo para que sus experiencias se asienten, para volver a su fuente interior y renovarse en la presencia de Dios. En la primera lectura, el joven rey Salomón se encuentra al inicio de una gran responsabilidad. Cuando Dios le invita a pedir un deseo, él no pide éxito, poder ni seguridad, sino un

corazón que sepa escuchar — la sabiduría para discernir el bien del mal y servir bien a su pueblo.

Nosotros también conocemos la sensación de ser tironeados en muchas direcciones. Tras horas largas y exigentes, anhelamos un momento de descanso, pero a menudo parece que las necesidades y expectativas de otros nos esperan precisamente entonces. Nos importan los demás, escuchamos y respondemos — pero solo podemos dar lo que nosotros mismos hemos recibido.

Al comenzar esta Eucaristía, hagamos una pausa. Permitamos que Dios calme nuestra inquietud, llene nuestros corazones de nuevo con su palabra y su amorosa presencia, y nos conduzca de vuelta a la fuente de la cual vivimos.

ACTO PENITENCIAL

Hermanos y hermanas, venimos ante el Señor que conoce nuestro cansancio y nuestras distracciones. Reconozcamos nuestros pecados y abramos el corazón a su misericordia.

- Señor Jesús, nos invitas a apartarnos y descansar en ti. Señor, ten piedad.
- Cristo Jesús, ves que nuestra compasión se cansa y la renuevas con tu amor. Cristo, ten piedad.
- Señor Jesús, nos enseñas a escuchar con el corazón. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios todopoderoso, que conoce nuestra debilidad y nuestro anhelo de descanso, nos perdone nuestros pecados, nos restaure en su paz y nos conduzca de regreso a la fuente de la vida, por Cristo nuestro Señor. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de sabiduría y compasión, tú nos reúnes en tu presencia y nos llamas a escuchar con corazones atentos. Ayúdanos a reconocer quiénes somos ante ti, a creer lo que rezamos

y a vivir lo que nos mandas.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Tras regresar de una misión exigente, los discípulos están llenos de historias, emociones y preguntas. Cualquiera que haya regresado de un trabajo intenso conoce ese momento: las palabras se atropellan, el ruido llena el aire y no hay espacio para respirar. Jesús percibe algo importante — no su éxito, ni solo su cansancio, sino su necesidad de detenerse.

Jesús los invita a un lugar solitario, no como escape de la gente, sino como regreso a sí mismos y a Dios. Sin embargo, la historia toma un giro inesperado: las multitudes llegan primero. El descanso planeado desaparece.

Y aquí vemos el corazón del Evangelio de hoy. Jesús sostiene dos verdades a la vez:

- No debemos perdernos en la actividad constante.
- No debemos cerrar nuestro corazón a las necesidades de los demás.

En la primera lectura, Salomón está al inicio de su reinado. Podría pedir poder, seguridad o larga vida. En cambio, pide un corazón que sepa escuchar — un corazón capaz de discernir, comprender y servir. Esa petición revela gran sabiduría.

Nuestras vidas también requieren este equilibrio: silencio y servicio, oración y compasión, descanso y responsabilidad. Sin escuchar, nuestro servicio se vuelve mecánico. Sin compasión, nuestro descanso se vuelve egoísta.

Hay un dicho: “No puedes dar de lo que no tienes.” Jesús nos enseña algo aún más profundo: cuando dejamos que Dios llene nuestra copa, podemos compartir incluso cuando nuestros planes se interrumpen. Los discípulos no obtuvieron el descanso que esperaban — pero fueron testigos de la compasión en acción.

Que aprendamos a pausar cuando Dios nos invita a pausar, y a servir cuando Dios nos llama a servir — con corazones atentos como Salomón y corazones compasivos como Cristo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

Presentemos en el altar no solo el pan y el vino, sino también nuestro cansancio, nuestro deseo de descanso y nuestra intención de corazones que saben escuchar.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDA

Señor Dios,
recibe estos dones y las vidas que los acompañan.
Renuévanos por tu Espíritu,
para que fortalecidos por este sacrificio,
podamos servirte a ti y a los demás
con sabiduría, compasión y alegría.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

Es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte siempre gracias y alabarte, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque Él invita a los cansados
a encontrar descanso en Él
y nos enseña a escuchar antes de actuar.

En Él vemos al Pastor
que se commueve con compasión
por la fragilidad humana,
y al Hijo que se retira a orar al Padre.

Por Él nos muestras
que la sabiduría nace de la escucha
y que el amor se renueva en el silencio.

Y por eso,
con los ángeles y los santos,
proclamamos tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Unidos como una sola familia,
descansando en la misericordia de Dios
y confiando en su sabiduría,
recemos como Jesús nos enseñó.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, te pedimos, de todo mal,
de todo lo que agita nuestro corazón
y nos roba la paz interior.

Libéranos de la inquietud
que nos mantiene siempre ocupados
pero rara vez atentos a tu voz.

Concédenos tu paz en nuestros días,
para que, con la ayuda de tu misericordia,
estemos siempre libres del pecado
y seguros de todo mal,
esperando con gozosa esperanza
la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú dijiste a tus apóstoles: La paz les dejo, mi paz les doy.
Conoces nuestro cansancio, nuestras preocupaciones
y las muchas exigencias que nos pesan.

No mires nuestros pecados,
ni nuestra impaciencia o inquietud interior,
sino la fe de tu Iglesia.

Concédele paz y unidad según tu voluntad.

Que tu paz habite en nuestros corazones,
enseñándonos a escuchar antes de hablar,
y ayudándonos a servir sin percernos a nosotros mismos.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

He aquí el Cordero de Dios,
que alimenta a los hambrientos
y da descanso a los cansados.

Bienaventurados los invitados a la mesa del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Si existiera un hada que nos concediera un deseo,
¿qué pediríamos?

¿Más años? ¿Salud perfecta? ¿Riqueza sin
preocupaciones?

En el fondo sabemos que esto no nos satisface.

Salomón también lo sabía.

No pidió más vida, sino más sabiduría;
no control, sino un corazón que escucha.

En esta Comunión no recibimos magia, sino a Cristo
mismo. Pidámosle hoy oídos atentos y corazones abiertos,
para que podamos realmente comprendernos
y vivir en verdadera comunión.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Dios de misericordia,
nos has fortalecido en la mesa de tu Hijo.
Haznos fuertes a través de este sacramento,
para que renovados en mente y corazón,
vivamos con sabiduría, compasión y confianza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN

Que Dios les bendiga con silencio que escucha,
sabiduría que discierne
y compasión que nunca se cansa.

Que Cristo los conduzca a lugares de descanso
y les enseñe a servir con amor.

Que el Espíritu Santo los renueve cada día
y los guíe a la fuente de la vida.

Y que Dios todopoderoso los bendiga,
el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz,
escuchando a Dios,
sirviendo a los demás
y descansando en Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Escuchar antes de actuar, descansar para renovarnos,
servir con compasión:
así es como aprendemos la verdadera sabiduría y vivimos
la vida cristiana.